

EL INCIDENTE DEL TRASATLÁNTICO CUBA



Dolores Pla Brugat

Este libro¹ es producto de una inquietud intelectual que se tradujo en largos años de investigación, pero también en su génesis y desarrollo debió estar la historia familiar del autor. Juan B. Alfonseca Giner de los Ríos pertenece a dos linajes fundamentales, tanto en la vida española como en la dominicana. Su abuelo materno, Bernardo Giner de los Ríos, fue sobrino de Francisco Giner de los Ríos, fundador, como es sabido, de la Institución Libre de Enseñanza, a cuya sombra se crearon una serie de instituciones que revolucionaron la vida intelectual, artística y científica española, y sin las cuales no se explicaría el surgimiento de grandes personalidades que contribuyeron notablemente a dotar de su espíritu característico a la Segunda República Española. De este extraordinario grupo formó parte el arquitecto Bernardo Giner de los Ríos, cuya congruencia lo llevó al exilio, primero en República Dominicana y luego en México. Por vía paterna pertenece al linaje de los Alfonseca, del que formó parte tanto su abuelo —quien en 1934 tramó la muerte de Rafael Leónidas Trujillo, lo que le costó cárcel y destierro en México—, como su tío abuelo José Dolores Alfonseca, quien fuera candidato opositor al dictador en el proceso electoral de 1933, en el que éste habría de acceder a la presidencia.

El título del libro, *El incidente del trasatlántico Cuba*, puede generar alguna confusión, ya que no se ocupa sólo de dicho incidente, sino que se trata, como lo especifica el subtítulo, de *Una historia del exilio en República Dominicana, 1938-1944*. Lo hace desde varias perspectivas: una es la historia social, es decir, se ocupa del exilio no como la suma de trayectorias individuales, sino como una historia colectiva, pero en la medida en que ésta se explica sobre todo a través del análisis de la política internacional del régimen, se recurre también a la historia política, y a esas dos perspectivas hay que agregarle la historia de la cultura,

en la que el autor se implica al desglosar con detenimiento, y gracias a una notable pesquisa, de qué manera no pocos exiliados dejaron su huella en muy diversos ámbitos de la vida cultural dominicana.

Lo primero que hay que destacar del libro es la cantidad y variedad de fuentes a las que el autor recurrió. Además de consultar una amplia bibliografía, realizó una exhaustiva búsqueda de materiales de archivo y hemerográficos en diversas instituciones de República Dominicana, México y España, a los que sumó entrevistas a los propios exiliados, la mayoría hechas por él mismo. Y aún hay que mencionar y destacar la búsqueda de material fotográfico, cuya incorporación al libro ayuda a comprender la experiencia que vivieron aquellos españoles, a través de imágenes de rostros, paisajes, documentos, etcétera.

Generalmente se ha planteado que el establecimiento de una parte del exilio español en República Dominicana fue una especie de fenómeno contranatura, dado que las causas por las que habían luchado los refugiados eran exactamente el reverso de lo que significaba el régimen de Rafael Leónidas Trujillo. Se ha explicado la decisión del dictador de recibir refugiados, entre ellos a los españoles, como el resultado de diversos factores: la necesidad de mejorar su imagen a nivel internacional, la intención de blanquear a la población y otros objetivos demográficos, económicos (la creación de colonias agrícolas) y culturales. Pero después del análisis que hace Juan B. Alfonseca de materiales de archivo, queda claro que el resorte fundamental fueron las necesidades de su política exterior después del desprestigio que le había acarreado la matanza de haitianos en 1937, y también la necesidad de insertarse “en los vientos democráticos que comenzaban a correr en el mundo amenazado por el totalitarismo.” (p. 38)

El autor inicia su libro revisando la política de República Dominicana frente a la Guerra Civil española. A

¹ Juan B. Alfonseca Giner de los Ríos, *El incidente del trasatlántico Cuba. Una historia del exilio republicano español en la sociedad dominicana, 1938-1944*, Santo Domingo, Archivo General de la Nación, 2012.

diferencia de México, principal receptor de republicanos españoles en América Latina, durante la Guerra Civil en España el régimen dominicano se inscribió en la política de No Intervención, lo que no impidió, sin embargo, que queriendo dar una imagen de humanitarismo, acogiera a un grupo de niños de familias republicanas en su legación en Madrid, donde convivieron con refugiados adultos de ambos bandos en pugna, tal y como sucedió en otras sedes diplomáticas de países latinoamericanos.

Al finalizar la contienda en España, el país caribeño recibió alrededor de cuatro mil refugiados. La mayoría atravesó el Atlántico en expediciones colectivas organizadas y financiadas por los organismos de ayuda creados y financiados por el propio exilio: el SERE, Servicio de Emigración de Republicanos Españoles, primero en entrar en funciones, y la JARE, Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles. Pero la recepción de expediciones colectivas duró muy poco, escasos ocho meses, y llegó a su fin el 6 de julio de 1940, cuando el gobierno dominicano impidió precisamente el desembarco del colectivo que arribaba en el trasatlántico *Cuba*, cuyos pasajeros habrían finalmente de establecerse en México. Esto no impidió, sin embargo, que siguieran llegando españoles de manera individual o en pequeños grupos.

En República Dominicana se estableció la porción quizá más modesta dentro del conjunto del exilio en América Latina. El trabajo del autor nos permite conocer que si bien la mayoría de los exiliados no fueron agricultores –como sería de esperarse, si es que habrían de instalarse en colonias agrícolas–, sí, los más, eran obreros y artesanos, casi la cuarta parte, que “aunados a otros sectores de condición aparentemente humilde como el de los empleados en el sector servicios y los agricultores” representan más del 40 por ciento del total (p. 114). Aún así, la cuarta parte del colectivo lo formaban integrantes de clase media “educada en instituciones universitarias, politécnicas y normales” (p. 114). Acerca de la composición político-sindical destaca que el exilio se caracterizará por una notable presencia de anarcosindicalistas.

La estancia de estos refugiados en el país resultó penosa, las condiciones económicas no permitieron una adecuada inserción. El proyecto de creación de colonias agrícolas que, supuestamente, debería ser la vía de la integración, fue un fracaso. El gobierno dominicano hizo muy poco para apoyar esta iniciativa, y los propios SERE y JARE tuvieron en Dominicana una actitud mucho menos comprometida que la que desplegaron en México en la creación de empleos. De tal suerte que no pocos españoles vivieron en muchas ocasiones en condición de pobreza extrema. Aun así, no es infrecuente que recuerden su estancia en el país caribeño con afecto y agradecimiento. A diferencia de lo que sucedió a los que se establecieron en México, donde los gobiernos mantuvieron a lo largo de

los años una postura de solidaridad inquebrantable hacia los refugiados, mientras la sociedad manifestaba no pocas veces una postura ambivalente ante ellos, en Dominicana el gobierno distó de apoyarlos de manera efectiva, pero la sociedad les mostró su simpatía de muy diversas maneras. De cualquier forma, la principal prueba de que esta experiencia de exilio no resultó exitosa fue que relativamente pronto re-emigraron a otros países, en especial a México y Venezuela.

El autor resume así las principales características de este exilio: “La experiencia dominicana tuvo rasgos que no se hicieron presentes en otras historias del exilio en América. El arraigo forzado en la vida rural, la extrema pobreza, los modos de vida y subsistencia, el carácter de sus vínculos con el poder político, que termina asediándolos son, entre otros aspectos, los que ilustran la peculiaridad del capítulo dominicano del exilio español.” (p. 160)

Aún así, estos españoles lograron dejar su impronta en prácticamente todo el territorio dominicano. A diferencia de lo sucedido en otros países americanos, aunque una parte importante de ellos se instaló en la capital, más de la mitad se diseminaron en otras ciudades y en el campo dominicano, donde dejaron huellas en especial en los ámbitos de la educación y los servicios médicos. Mejor aún se conoce su influjo en la ciudad capital, donde a pesar de la brevedad de su estancia dejaron su marca en la enseñanza, los medios de comunicación, la producción científica y literaria y la función pública. El autor registra las aportaciones más destacadas en los siguientes ámbitos: prensa y publicaciones periódicas, enseñanza, ateísmo y divulgación cultural y bellas artes. Al respecto, hay que decir que el arribo de los cuadros más destacados se debió en buena medida al rector de la Universidad de Santo Domingo, Julio Ortega Frier, quien entendió, quizá mejor que nadie, los beneficios que esta migración podía significar para su país y seguramente lamentó que se haya perdido una espléndida oportunidad.

Finalmente, hay que decir que el libro de Juan Alfonseca es una muy digna continuación de la historiografía comenzada espléndidamente por Vicente Llorens en 1975, con el libro *Memorias de una emigración*.²⁴

Dolores Pla Brugat (Vilasaera, Girona, 1954). Historiadora española, profesora-investigadora de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México. Doctora en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Durante años ha investigado la presencia española en México, sobre todo el exilio de 1939, publicando al respecto artículos en diversas revistas nacionales y extranjeras, y cuatro libros, entre los que cabe citar: *Pan, trabajo y hogar. El exilio republicano español en América Latina*, (coordinadora), prólogo de Nicolás Sánchez-Albornoz, México, SEGOB / Instituto Nacional de Migración/Centro de Estudios Migratorios – Instituto Nacional de Antropología e Historia – DGE Ediciones, 2007; y *Catálogo del Fondo de Historia Oral Refugiados Españoles en México*, (coordinadora), Archivo de la Palabra, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2011.